EPISTOLARIO EMILIA PARDO BAZAN - AUGUSTO GONZALEZ DE LINARES (1876 - 1878)

El hallazgo de estas cartas constituye una importante contribución para el conocimiento de la personalidad y vida de la ilustre gallega en uno de los períodos menos conocidos de su vida: el que media entre 1873 y 1878.[1]

Aunque las cartas sólo abarcan de 1876 a 1878, por el contexto de las mismas se deduce la influencia que González de Linares debió ejercer sobre la futura escritora, desde 1873 a 1875. Precisamente, el alejamiento de éste al ser expulsado de su cátedra de Ciencias Naturales de la Universidad de Santia-

[1] Quizás fueron más de seis las cartas que escribió D.ª Emilia. Pero sólo estas hemos localizado por figurar en el Archivo de D. Francisco Giner de los Ríos. Desconocemos si Linares poseía su propio archivo conservando la abundante relación epistolar mantenida con sus amigos. Suponemos que no debido al carácter un tanto descuidado del científico santanderino. Pero algo debía haber y de esto probablemente Giner debió hacer una selección de la documentación más interesante que incorporó a su propio archivo a raíz de la muerte de González de Linares en 1904. También es posible que la entrega de estas cartas a Giner la hiciera Linares mucho antes tratando de librarlas de la posible curiosidad familiar.

En cuanto a las cartas de Linares a Emilia, debieron sufrir la misma suerte que el resto de la documentación conservada en el archivo particular de la Condesa, instalado en el Pazo de Meirás. Al pasar éste a propiedad del General Franco, fue destruido por el timorato encargado de estudiar tan interesante y rico archivo.

go, en 1875, es el que motiva la sustitución de la relación personal por la epistolar que nos ocupa.

Sabemos, por confesión propia, que durante estos años Emilia se va a dedicar intensamente al estudio tratando de conseguir la completa educación intelectual de que carecía por su condición de mujer y que a toda costa desea vencer para poder figurar, como lo hará, entre las grandes figuras intelectuales de su época.

En 1868 Emilia, apenas salida de la adolescencia, a los 17 años, se había casado con D. José de Quiroga. Muy poco después al estallar la Revolución de Septiembre, el joven matrimonio se había trasladado a Madrid acompañando a D. José Pardo Bazán a quien el triunfo revolucionario había proporcionado un escaño de diputado. Afiliado al partido progresista tuvo un papel bastante destacado en las Cortes Constituyentes de 1869, vinculado a Salustiano de Olozaga.[2]

Don José, que a su sincero amor a la libertad y al progreso unía un no menos sincero catolicismo, pronto se vio defraudado por el rumbo radical y anticatólico en que derivó el movimiento revolucionario movido por los elementos más extremistas de las Cortes. Actitud que motivó una calurosa reacción en defensa de los ideales católicos que le valieron la concesión del título pontificio de Conde de Pardo Bazán.[3]

---

[2] Según la propia Emilia, por los años que preceden a la revolución de septiembre de 1868, su padre militaba en el partido progresista acaudillado por Salustiano de Olózaga. Esta militancia justifica la presencia de D. Salustiano, con fines electorales, en la casa paterna, siendo niña la futura escritora. Esta visita que impresionó vivamente la imaginación infantil de Emilia es recogida por esta en sus *Apuntes Autobiográficos*. Galdós en su Episodio *España sin rey* cita, al hacer la reseña de las Cortes Constituyentes de 1869, a Don José Pardo, como amigo y partidario de Olózaga: «Después vio al pomposo don Salustiano con sus amigos Pardo Bazán y Montero Telinge: eran el núcleo del bando que patrocinaba la candidatura de don Fernando de Portugal. Madrid, 1908, cap. IX, p. 82.

[3] Don José Pardo Bazán fue agraciado con el título de Conde por el Sumo Pontífice Pío IX, por un Breve dado en Roma a 13 de junio de 1871. El rey Amadeo de Saboya autorizó el uso de dicho título en un real Despacho fechado el 3 de febrero de 1872.

Tras la muerte de Prim, y más aún tras la abdicación de D. Amadeo de Saboya, el ambiente político español, derivando hacia posiciones más anárquicas y radicales aconseja a la familia Pardo-Quiroga abandonar la capital madrileña iniciando un largo viaje por las principales capitales europeas, hasta que renazca cierta tranquilidad en España.

Probablemente esta huida estuvo principalmente motivada por la abierta actitud reaccionaria del joven matrimonio.

En efecto, D. José de Quiroga, tradicionalista de pura cepa como tantos hidalgos provincianos gallegos, había contagiado a su joven esposa que, en estos momentos, ve en el carlismo un encanto romántico que cuadra muy bien con su apasionado ardor juvenil. La propia Emilia nos va a contar en sus *Datos Autobiográficos* la parte activa que jugó con otros miembros de la aristocracia madrileña en la labor de conspiración antirrevolucionaria y antisaboyana que, culminando con el desfile casticista de las mantillas y peinetas, provocaría la abdicación de D. Amadeo. Oposición proseguida con la República hasta conseguir su caída y propiciando así la restauración borbónica.

No obstante, y antes de que ésta se produzca, en 1873, la familia Pardo y Quiroga regresa de su largo periplo europeo instalándose en La Coruña, lejos de toda intervención política. Tanto D. José Pardo como D. José de Quiroga, aunque son abogados, van a dedicar su actividad al cuidado de sus propiedades como harán tantos hidalgos provincianos. Alternarán esta actividad con la tranquila vida social de la capital coruñesa. Para toda la familia esta forma de vida patriarcal, al ocupar un relevante puesto en su pequeño círculo social provinciano, es muy grata. Para la inquieta Emilia no lo es tanto.

En los años precedentes, los transcurridos desde su matrimonio, la joven gallega ha llevado una agitada vida social en Madrid asistiendo a tertulias aristocráticas y, prácticamente, a todas las manifestaciones culturales y artísticas que se vienen celebrando, pese a que su nivel no era demasiado alto. Ella misma nos va a contar cómo todas las noches asistía a

un estreno teatral, llegando a captar perfectamente el ambiente, más frívolo que intelectual, de la alta sociedad madrileña.

Aunque luego va a criticar acerbamente este período de su vida considerándolo vacuo e insatisfactorio, no cabe duda que contribuyó a crear el gusto por la relación social de que antes carecía y que, a partir de este momento, va a tratar de cultivar a toda costa.

Bastante más positivos, desde el punto de vista cultural y formativo, considerará sus viajes por las principales capitales europeas de Inglaterra, Austria, Italia y, sobre todo, París. Estos le han puesto en contacto con la cultura europea que figura a la cabeza de la cultura universal. Emilia ha viajado con la atención bien despierta. Su admiración se ha trocado en imperiosa necesidad de imitación y afán de superación movida, tanto por ambición personal, como por patriotismo. Fenómeno que, por otra parte, va a ser común a muchos españoles de su generación. Hallando en estos viajes el germen de su vocación literaria como más tarde nos dirá:

«Lejos del hervidero español, menos relacionada que en Madrid, y haciendo un género de vida mas propio para despertar necesidades intelectuales, en los momentos de descanso, después de haber visitado un museo o un monumento histórico, en las noches casualmente pasadas en el hotel, cogía libros y repasaba mis temas... Fue un hermoso viaje, bien aprovechado, y en el cual surgió mi vocación llamándome con dulce imperio».[4]

Precisamente, debido a esa «llamada de la vocación» se deberá, sin duda, el atento interés con que a su vuelta va a observar las nuevas corrientes e inquietudes surgidas tras la conmoción revolucionaria, especialmente vinculadas a la filosofía alemana o krausismo. Interesada por este movimiento que está provocando grandes polémicas, tratará de conocerlo directamente «leyendo los textos en que se encerraba su doctrina». «Y aunque el atractivo de la curiosidad se desvaneció presto», no cabe duda que ese mismo atractivo, unido al abu-

---

[4] *Apuntes autobiográficos.* O. c. ed. Aguilar, vol. III p. 709.

rrimiento de la vida provinciana, la impulsó a buscar la amistad de algunos afiliados a la escuela krausista que casualmente se hallaban muy cerca, en la vecina Santiago de Compostela.

Parece que la familia Pardo Bazán estuvo siempre muy vinculada a la ciudad universitaria por lazos familiares y amistosos. Lazos que Emilia va estrechar mientras resida en La Coruña pasando temporadas más o menos largas.

En 1872, en el mes de septiembre, se había incorporado a las tareas docentes universitarias don Augusto González de Linares, recién obtenida la cátedra de Ampliación de Historia Natural. Pertenecía al grupo krausista, figurando entre los discípulos más íntimos de don Francisco Giner de los Ríos.

Poco después, se va a incorporar otro miembro del grupo krausista, Laureano Calderón, que ocupará la cátedra de Química. Ambos eran buenos amigos con anterioridad a su marcha a Santiago. El hecho de ser jévenes, solteros y, sobre todo Augusto, de gran prestancia varonil, serían factores que debieron influir a la hora de ser admitidos por el sector liberal de la sociedad santiaguesa y a la que, sin duda, tenía acceso la Pardo Bazán.

Es más, es muy probable que fuera la propia Emilia la que incitara a la aceptación social de los jóvenes profesores. A lo largo de su vida, va a ser una constante el ansioso anhelo de relacionarse con las personas que atraen su atención a causa de su prestigio, especialmente de matiz intelectual. Razón por la que indefectiblemente será ella la que inicie el acercamiento amistoso.

En este caso, debió ser la curiosidad por conocer de cerca a miembros del grupo krausista, lo que la incitaría al acercamiento. La fama, un tanto escandalosa, de este movimiento que rebasaba los límites filosóficos y estaba conmoviendo la atonía intelectual española de la época precedente, justificaba ampliamente el interés de tan despierta mujer. La propia Emilia nos confirma este hecho al decirnos:

«Al regresar a España, observé que a vueltas de los azares cantonales, la guerra civil y demás peripecias de la tragedia

política, preocupaba los ánimos un nuevo movimiento intelectual que, saliendo del dominio limitado de las gentes pensadoras y estudiosas, agitaba el de la prensa y hasta el de los corrillos, casinos y tertulias. Llamábase esta novedad *filosofía alemana o krausismo* y se contaban de sus adeptos mil particularidades extravagantes y contradictorias, propias para inflamar la curiosidad mas incombustible».[5]

Teniendo en cuenta que la curiosidad de Emilia era muy combustible, lógicamente sería éste el poderoso acicate para conocer a algunos de los representantes de tal movimiento que la fortuna había puesto tan a su alcance.

Establecido el primer contacto, pronto convertido en firme amistad, con los jóvenes profesores, especialmente con González de Linares, éstos servirán de vehículo para ponerla en contacto con el maestro Giner y el grupo más relevante del krausismo.

Así nos lo testimonia la escritora en carta dirigida a Don Francisco, años después, refiriéndose a Gumersindo de Azcárate con el que desea establecer amistad:

«Vea V. Azcárate, por ejemplo. ¿Como ha de dejar de estimarme un poco, si yo tengo de él tan excelente concepto como se merece? Estoy tan dispuesta a ser su amiga que casi sin tratarlo hablo de él como de un conocido muy antiguo, como hablaba de V. antes de haberle visto nunca, cuando tenía de V. terribles celos por lo mucho que le recordaban Augusto y Laureano (especialmente el primero)».[6]

El deseo de conocer al admirado Giner será probablemente el principal incentivo para pasar una temporada invernal en Madrid —seguramente en 1874— en donde podrá, no sólo conocer al futuro fundador de la Institución Libre de Enseñanza, sino también asistir a sus tertulias. La altura intelectual de las mismas, unida a un grato ambiente humano, van

---

[5] O. c., p. 709.

[6] Carta fechada el 19 de septiembre de 1879. Del *Epistolario de Emilia Pardo Bazán a Francisco Giner de los Ríos.* Archivo de D. Francisco Giner.

a producir un saludable influjo en el desarrollo de la personalidad de la futura escritora.

El contacto con el grupo madrileño, especialmente con Giner, con el que mantendrá una activa correspondencia en los años siguientes, y con Augusto en Galicia, la animará a emprender una austera vida de serios y rigurosos estudios, a la par que le dota de una profunda liberalización mental que ya no la abandorá nunca.

Emilia, después de sus veleidades políticas juveniles de tipo carlista, no va a militar nunca en política ni se va a decantar de forma absoluta por ideología alguna, aunque en la última etapa de su vida se halle cómodamente instalada en el medio conservador al que la empuja su «status» socioeconómico.

No obstante, a partir de ahora y hasta el final de sus días, lo que va a definir a D.ª Emilia es su carácter independiente y con un criterio netamente liberal, entendiendo el vocablo en su dimensión humana. Su actitud será siempre amplia, comprensiva y libre de prejuicios de cualquier índole. Postura que la librará de caer en dogmatismos y acusadas influencias personales. Pero aparece de forma más acusada en este período, siendo la amistad con el grupo krausista la mejor prueba de ello. Esta amistad, especialmente con Giner, va a durar hasta la muerte de éste. Siendo especialmente importante en el período que media entre 1876 y 1882.[7]

Pero, antes que Giner de los Ríos, hay otra persona que influye decisivamente en la labor de formación intelectual de la futura escritora. Esta persona, hoy no nos cabe duda, es Augusto González de Linares.

Carmen Bravo Villasante, al encontrar el cuaderno íntimo

---

[7] Aunque el epistolario completo comprende unas 60 cartas, son las 22 que corresponden a este período las más interesantes, tanto por su extensión como por su contenido. Giner, al que unas veces llama amigo y otras hermano, se ha convertido en su principal confidente y amigo. Y como tal, como un bondadoso y al mismo tiempo exigente hermano mayor, veremos comportarse a D. Francisco con respecto a la voluntariosa y personalísima Emilia.

que Emilia escribía por estas fechas, se ha sentido muy intrigada por el deseo de conocer la personalidad del inspirador de unos inquietantes versos de la escritora. En ellos se pone al descubierto la existencia de un sugestivo personaje masculino que ha ejercido notable influencia en su vida y ha despertado un gran amor.

Emilia, según ella misma reconoce, no ha sido agraciada con el talento poético. Sus versos, en general, resultan academicistas y fríos. Sólo cuando alienta un cálido sentimiento personal, su musa adquiere mayor valor. Tal es el caso de estos versos y los que le inspira su primera maternidad.

En los versos dedicados al anónimo amado, la apasionada y emotiva personalidad de Emilia se desborda con una sensibilidad fuera de lo común.

Con una gradación «in crescendo» nos va dando cuenta de los diversos estados anímicos por los que ha ido atravesando desde su estancia en la Corte española, tras su matrimonio, hasta el momento presente. La vaciedad y el hastío que le ha ido produciendo la vida madrileña, que posteriormente confesará en sus *Apuntes autobiográficos,* hallan aquí su primera expresión.

Como tantas jóvenes de alto nivel social, su vida se había centrado en el lucimiento personal en fiestas y paseos

> «donde en muelle carroza reclinada
> pasea su pereza
> tanta joven belleza
> en espléndido arreo sepultada».

Ahora, con la vuelta a la paz y tranquilidad del medio provinciano y rural, cree haber reencontrado su auténtica y primitiva personalidad, relegada y absorbida por el trajín y artificiosidad de la Corte. Es más, va a considerar que ésta con su «vitalidad efervescente que oprime el corazón porque es ficticia», actúa como elemento negativo, sepultandola en donde «jamás tiende la inspiración su raudo vuelo».[8]

---

[8] Carmen Bravo Villasante. *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán.* Madrid, 1973, cap. II, p. 34.

Algo semejante ocurre con su amor por la naturaleza. La sensitiva y plástica valoración telúrica del paisaje, que va a ser una constante literaria y vital, estima que también ha sido aplastada por el medio capitaleño de Madrid. Ahora, arrastrada por una extremada reacción, considera que ésa, que ha sido y volverá a ser fuente de inspiración «inagotable y pura», se había agotado con su fe, con el hastío de su corazón al que «le faltan la energía y el aliento».

Así va a cantar a sus queridos campos:

Vosotros, fuente inagotable y pura
fuerais de inspiración el numen mío
mientras que aquí se agota
mi fe, y el arpa rota
arrojo con cansancio y amargura
yerto ya el corazón por el hastío.
En vano quiero concentrar mi vida
que se disipa como aroma al viento
me faltan la energía y el aliento.

No cabe duda que estamos ante un recurso literario, puesto que, hasta su estancia en Madrid, era bien poco lo que en el terreno literario había hecho la jovencísima Emilia.

Es más, según veremos precisamente en estas cartas, la vida provinciana y rural sin proyección exterior le va a pesar enormente hasta que logre sacudirla un tanto, alternándola con sus invernales estancias en Madrid y sus constantes viajes al extranjero.

Pero no cabe duda, también, que la estancia en Madrid le ha producido esa insatisfacción de la que nos habla en su autobiografía, refiriéndose a su apretado programa de pasatiempos, «muy gratos, en verdad... pero, que, haciéndose sistemáticos y prolongándose varios inviernos, empezaron a dejarme en el alma un vacío, un sentimiento de angustia inexplicable...».[9]

Esa insatisfacción de la que ella ha intentado salir endilgando alguna obra teatral, unida a la fuerte sacudida intelec-

[9] *Apuntes autobiográficos* O. c. III, p. 707.

tual que supone su viaje europeo ha creado, ciertamente, un especial estado de ánimo bien dispuesto para recibir enseñanzas e influencias que la van a encauzar hacia una sólida carrera literaria, tras sus lógicos titubeos iniciales.

Aquí es donde parece que la intervención del anónimo personaje va a ser decisiva. Enfáticamente le va a atribuir la labor de «despertar la aspiración dormida»:

> Amigo, en la jornada de la vida
> puede hacer mucho bien el que despierte
> la generosa aspiración dormida.

Aunque lo más exacto sería decir que había sabido encauzar la aspiración ya despierta. La influencia, no obstante, de este personaje será grande. Va a ejercer un magisterio que debió ser bastante grato tratándose de una alumna de tan relevantes cualidades intelectuales.

Emilia se lanza a estudiar, con la seriedad y rigor que caracteriza a los miembros del grupo krausista, todo cuanto se considera indispensable para adquirir una cultura equiparable a la que proporcionan al varón los estudios medios y universitarios.

Es una bonita relación amistosa y docente la establecida entre ambos que, además de ensanchar el horizonte mental de Emilia, pronto se va a convertir en ardiente y apasionado amor por parte de ésta.

A juzgar por sus confesiones poéticas, claramente traslucidas en este epistolario, este amor no va a ser correspondido. Aparentemente por razones éticas del amado, que ella, la voluntariosa y temperamental Emilia, no comprende o no quiere comprender. Incluso quiere creer que por la excelsitud del mismo amor, Dios quizá pudiera comprenderlo.

> Nació nuestro triste amor
> como esas flores malditas
> que adornan el solitario
> sepulcro del suicida
> ... ...
> Marcóle el mundo ignorante
> con un indeleble estigma
> tal vez Dios, que es grande y justo
> con menor horror le mira.
> Que tú sabes, y yo sé
> con qué pureza infinita
> elevamos nuestro amor
> de la tierra por encima
> ... ...

Su amor quiere hallar justificación en razón de lo mucho que ha influido en su vida el anónimo amado.

Así lo va a expresar en otros versos:

Antes de conocerte
giró mi vida ociosa
como a merced del ábrego
la desprendida hoja.

Y desde que en tu espíritu
mi espíritu reposa
se concentró en creencias
mi alma activa y mórbida.

De aquel letargo estéril
en que yacía antes
al verbo de tus labios
quizá la despertaste.

Pobláronse de vida
sus vastas soledades
y comprendí lo bueno
y comprendí lo grande

... ...

El amor un tanto egoísta de Emilia se niega —repetimos— a comprender las razones que mueven al alejamiento del amado. Son razones éticas las esgrimidas por éste —que, como ya veremos, no son totalmente sinceras— y que la joven, pese a su catolicismo, se niega a aceptar cuando casi le increpa:

Esclavo de deberes
que comprender no puedo
iráste de mi lado
... ...
y morirás contento

Su amor aumenta con la no correspondencia. Se sublima la persona del amado ante la cual no vacila en humillarse la engreída Emilia, reconociendo su superior valía. Mas no por eso ceja en la coacción moral que supone hacerle conocer lo mucho que le necesita para poder seguir por la nueva y valiosa senda que él le ha abierto:

Escucha: no me avergüenzo
de estar a tus pies rendida:
vales mucho más que yo,
y fue tu frase bendita
la que despertó mi alma
del sopor en que yacía!

Tú con tus nobles palabras
me revelaste a mí misma:
tú has hecho vibrar oculta
una misteriosa fibra
de amor y de sacrificio
que yo aún no conocía.

Terminando con lo que es un auténtico grito de desesperación, sintetizado en dos versos:

> No me dejes sola, hermano,
> tu hermana te necesita.[10]

Es lógico que estas confesiones poéticas hayan excitado el interés de los biógrafos de D.ª Emilia Pardo Bazán, tratando de indagar la identidad del interesante personaje. Siendo, no obstante, Benito Madariaga, biógrafo no de D.ª Emilia sino de Augusto González de Linares, quien, certeramente, no vacila en identificar a éste con el anónimo amado.[11]

Sin embargo, va a ser el hallazgo de estas cartas, las que convierten la acertada sospecha en plena certidumbre de que fue el joven profesor de la Universidad de Santiago el anónimo personaje a quien cupo el honor de despertar el más hermoso, por platónico, amor de D.ª Emilia, a la par que supo impulsar las inquietudes intelectuales y la sólida formación cultural de la escritora.

Ahora no podemos menos de interesarnos por la personalidad de Augusto González de Linares.

Es poco, demasiado poco, lo que se conoce de él. Sólo aparecen datos, bastante escuetos, referidos a reseñar el papel desempeñado en la «segunda cuestión universitaria» y en la fundación de la Institución Libre de Enseñanza. En el primer caso se señala que Manuel Orovio, Ministro de Fomento en el primer gobierno de Cánovas, tras la Restauración, formó expediente y expulsó de su cátedra a varios profesores universitarios. Todos ellos estaban vinculados al grupo krausista. Siendo González de Linares y Laureano Calderón los primeros que provocaron «la cuestión» al negarse a aceptar las normas establecidas por el Ministro. En el segundo caso, Linares tuvo, en efecto, un destacado papel en la fundación y primeros pa-

---

10 C. Bravo Villasante. O. c., cap. II, pp. 33-39.

11 Benito Madariaga de la Campa. *Augusto González de Linares y el estudio del mar. Ensayo crítico y biográfico de un naturalista.* Santander, 1972.

sos de la Institución Libre de Enseñanza. Su figura, por tanto, viene siempre vinculada al estudio de la personalidad y obra de Giner.

Afortunadamente debemos al investigador santanderino, Benito Madariaga, una documentada biografía que nos proporciona el cabal conocimiento de la interesante personalidad de este ilustre científico, injustamente olvidado en las últimas décadas.

Augusto González de Linares y González de Linares, nació el 29 de octubre de 1845, en Cabuérniga (Cantabria) de neta estirpe montañesa y fruto de dos ramas del mismo tronco familiar. De ahí que tanto su padre como su madre llevaran el mismo apellido. Pertenecen al linaje de los hidalgos rurales tan frecuentes en la montaña santanderina. Su padre, D. Antonio, fue notario de Cabuérniga. Su madre, D.ª Genara, dará al matrimonio ocho hijos, dos hembras y seis varones, de los que Augusto será el último.

Por desgracia, el padre muere prematuramente, lo que impide que la madre pueda dar estudios superiores a sus hijos. Sólo Augusto, que sobresale por sus excelentes dotes intelectuales, consigue llegar a la Universidad gracias a la ayuda económica de un hermano de su madre, el tío José, solterón que disfrutó de una desahogada posición económica.

Ya en los estudios secundarios destaca por su brillante inteligencia y laboriosidad, logrando obtener las máximas calificaciones en todas las asignaturas. Lo que viene a demostrar, como va a confirmar posteriormente, su análoga predisposición para las letras y las ciencias.

En 1861, inicia sus estudios universitarios en la Universidad de Valladolid, simultaneando las carreras de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales con la de Derecho, concluyendo ambas en la Universidad de Madrid.

Precisamente es en la Facultad de Derecho de Madrid, donde va a conocer a D. Francisco Giner de los Ríos, catedrático de Filosofía del Derecho, convirtiéndose en uno de sus discípulos predilectos.

El carácter bondadoso, recto, altruista y muy sensible de Augusto va a encontrar en Giner y el grupo krausista —que por estos años que preceden y siguen a la revolución del 68, alzanca el máximo prestigio intelectual y ético— el eco de sus inquietudes e ideales. Las excepcionales cualidades intelectuales y humanas del joven santanderino llaman poderosamente la atención de D. Francisco. A partir de entonces éste se convierte en el maestro, el amigo y, casi, el padre que le falta.

Probablemente, como indica su biógrafo Benito Madariaga, se deba a la influencia de Giner, la decisión de dedicarse a las Ciencias a la hora de decidir su profesión. Así, en 1870, acaba los estudios de doctorado en la Sección de Ciencias Naturales .

Después de haber obtenido la cátedra de Ciencias del Instituto de Albacete, escala el último peldaño docente al conseguir la cátedra de Ampliación de Historia Natural de la Universidad de Santiago de Compostela.

Sabemos que, una vez ganada la cátedra, el joven Linares va a llegar a Santiago en la segunda quincena de septiembre, para iniciar el curso. En carta escrita a Giner, resalta su gran ilusión por empezar las clases. «Tengo ya —le dirá— vivos deseos de llegar a Santiago y entrar en funciones. ¡Cuanto voy a trabajar! ».[12]

En efecto, va a trabajar mucho. Pero no va a hallar en gran parte del profesorado y de los alumnos el eco a sus esfuerzos. La causa se debe a motivos ideológicos de tipo político, confesional y científico.

Augusto políticamente milita en el campo más liberal, como todos los krausistas primero, institucionistas después. No debemos olvidar que había obtenido su cátedra antes de la Restauración, período en que Giner y sus amigos gozan de gran preeminencia.

En el terreno religioso es librepensador, no ateo. Y en el científico es uno de los primeros españoles que se suma a las

---

12 *Epistolario de Augusto González de Linares a Francisco Giner de los Ríos.* Carta fechada el 13 de septiembre de 1872.

ideas evolucionistas de Darwin que tan gran escándalo están produciendo en todo el mundo.

No cabe duda de que sus explicaciones en clase estaban impregnadas de sus particulares puntos de vista. Hecho que, unido a su rectitud y rigor a la hora de calificar a sus alumnos sin admitir recomendaciones, fueron las causas determinantes de los serios disgustos sufridos en su breve período de docencia y, en última instancia, causa indirecta de su expulsión de la cátedra.[13]

Pero no todos fueron detractores. También tuvo sus admiradores y algunos, como D.ª Emilia, pertenecían al bello sexo. No debemos olvidar que, aparte del atractivo que ejerce toda figura polémica, Augusto poseía indiscutibles atractivos personales. Por entonces contaba 27 años y, según nos lo describen sus retratos y biógrafos, su aspecto físico era sumamente atrayente.

Según una fotografía hecha cuando contrajo matrimonio, casi diez años después de su llegada a Santiago, del correcto conjunto de su rostro merecen destacarse una amplia y noble frente y, sobre todo, la belleza de sus ojos, grandes y de bondadosa mirada, aunque ésta se iluminaría fogosamente, en ocasiones, cuando la indignación ante un hecho injusto le hiciera perder la normal dulzura y ecuanimidad de su carácter.

Completaba el rostro un conjunto personal de gran prestancia. Según su gran amigo y compañero Salvador Calderón, «era de figura arrogante en su juventud y majestuosa, de após-

---

13 Julio Caro Baroja en su artículo «*El miedo al mono*» o *la causa directa de la «Cuestión Universitaria en 1875»* (*En el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1977) considera como causa fundamental de la famosa «Cuestión Universitaria» de 1875, la adhesión del joven profesor de Santiago a las escandalosas doctrinas de Darwin. A este propósito recoge la reseña de la conferencia dada por Linares en la Academia Escolar de Medicina de Santiago, hecha por José R. Carracido. Este en sus *Estudios Histórico-críticos de la Ciencia española*, Madrid, 1917, describe minuciosamente tan memorable y agitada conferencia.

tol, en sus últimos tiempos y siempre de aspecto elegante, distinguido, verdaderamente aristocrático».[14]

Refiriéndose a la última etapa de su vida, su colaborador José Rioja, le describirá como «afable, sencillo, de rectísima conciencia, amante de la justicia en grado extremo, gran patriota, filántropo por excelencia, y dotado de un sinnúmero de bondades imposibles de enumerar y designar con los epítetos que nos son habituales».[15]

Si a esto añadimos una inteligencia fuera de lo común, con una predisposición análoga para las ciencias y las letras, gran brillantez en la expresión oral, maneras de conducirse fáciles y atrayentes, se comprende el poderoso atractivo que ejerció en personalidades tan distintas como Giner y la Pardo Bazán.

Para el primero, tras su descubrimiento como alumno de los últimos cursos en la Facultad de Derecho de Madrid, se convertirá en uno de sus más queridos discípulos y amigos. A lo largo de toda su vida —puesto que le va a sobrevivir— Giner será, como decíamos, una mezcla de padre, hermano mayor y amigo íntimo, participando en todos sus problemas e inquietudes.[16]

La opinión que le merecerá a Emilia Pardo, aparte de la que se descubre en este epistolario, la expone en carta dirigida a Giner, en septiembre de 1879. Parece que éste le había reprochado el haberse olvidado del buen amigo Augusto. Con gran vehemencia se defiende en los siguientes términos:

«Empiezo por protestar enerjicamente [sic] contra lo de «haber podido olvidar a Augusto» aunque sospecho que es casi excesiva la protesta... Vd. tiene el pleno convencimiento

---

[14] Salvador Calderón. *Noticias necrológicas de D. Augusto González de Linares.* Mem. Soc. Esp. Hist. Nat., 2:437.

[15] José Rioja. Montañeses ilustres: D. Augusto González Linares, *Sotileza* (3):1-2.

[16] Para el conocimiento más exacto de la amistad entre Giner y Linares es de gran valor el copioso epistolario de éste al primero, en vías de publicación.

de que quiero a Augusto más que V. mismo, porque entre un hombre y una mujer que quieren ¡hay tal distancia de matices delicados e intensos! Una amiga tiene algo de madre: y yo aseguro a V. que mucho antes de tener hijos experimenté por Augusto el sentimiento que inspira un ser puro, buenísimo y sin mancha, el cual se ve expuesto por su misma pureza a todas las embestidas y choques sociales. V. me conoce además lo bastante ya para comprender que, si no valgo lo que Augusto, cuando menos sé apreciarle en lo que vale: y así no cabe olvido».[17]

No cabe duda que estamos ante una persona poco corriente por el cúmulo de bellas cualidades que le adornan, tanto físicas como morales.

Sabemos también de la gran receptividad de Emilia para valorar la apostura e inteligencia masculinas. Receptividad que por razón de su apasionado carácter, pronto hace brotar la chispa del amor.

Se comprende por tanto que, después de algún tiempo de estrecha amistad entre ambos y del interés que Augusto debió sentir en su noble afán de ayudar a la inquieta Emilia en el cultivo de su inteligencia y personalidad, la actitud de ésta hacia el que considera su maestro, rebasa el terreno puramente amistoso y docente.

Emilia va a encontrar en Augusto la inteligencia, la sensibilidad y la ayuda que necesita y que su marido, el mediocre y discreto D. José de Quiroga, no puede darle. De ahí que, paralelamente al crecimiento admirativo por Linares, se produzca el descenso en la valoración de D. José.

Es una situación muy peligrosa para la estabilidad matrimonial de Emilia. Afortunadamente, varios hechos de distinto carácter se van a suceder para salvarlo de momento.

Pasamos a reseñar cuáles fueron estos hechos. En primer lugar, va a ser una cuestión de índole estrictamente política y académica. En los primeros meses de la Restauración —febre-

---

17 *Epistolario de E. Pardo Bazán a F. Giner de los Ríos.* Carta fechada el 19 de septiembre de 1879.

ro de 1875—, el Ministro de Fomento, Manuel de Orovio, va a promulgar un Real Decreto encaminado a impedir los ataques al dogma católico y a las instituciones vigentes en los centros de enseñanza. En este sentido enviará a los Rectores una Orden Circular para que hagan cumplir el contenido del R. Decreto en sus respectivas Universidades.

Los jóvenes catedráticos de Santiago, Laureano Calderón y Augusto González de Linares, consideraron el contenido del R. Decreto como atentatorio a los principios de la libertad de expresión en sus cátedras contenidos en la Constitución de 1869, aún vigente. Razón por la que se negaron a acatar tales normas en sendos escritos dirigidos al Rector.

Su actitud tuvo amplias repercusiones originando la llamada «segunda cuestión universitaria». A ella se sumaron muchos profesores pertenecientes al grupo krausista o simpatizantes con él, como fueron Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo Azcárate, Nicolás Salmerón, Emilio Castelar, etc., de la Universidad de Madrid. Con menor energía se adhirieron profesores de otras universidades.

Las consecuencias fueron la formación de expediente y expulsión de sus cátedras de los profesores en cuestión. Llegando a cometerse algunas tropelías como el destierro y encarcelamiento en Cádiz de Giner de los Ríos. Este hecho provocó nuevas protestas de los profesores de Santiago que motivaron su encarcelamiento, por unas horas, en el Castillo de La Coruña, y el consiguiente proceso más tarde.

A partir de estos hechos y como consecuencia de los mismos, Augusto abandonará Galicia para siempre ya que, cuando en 1881 sea restituido en su cátedra, lo será en la Universidad de Valladolid.[18]

---

[18] Desconocemos las causas que motivaron que la restitución de la cátedra se hiciera en Valladolid y no en Santiago donde se le había formado expediente. Es muy posible que este cambio se hiciera a instancias del propio interesado. La fecha de reposición es de 30 de marzo de 1881 y la toma de posesión de 7 de mayo. Benito Madariaga. O. c.

El segundo hecho será el nacimiento en 1876 de Jaime, el primer hijo de Emilia después de ocho años de estéril matrimonio. A este hijo sucederán los nacimientos de Blanca en 1878 y Carmen en 1881. De momento, parece que la triple maternidad va a superar la crisis matrimonial ya iniciada. Si bien en la época de mayor trato directo entre Augusto y Emilia, la comprendida entre 1873 y 1875, todavía Emilia no había sido madre.

El tercer hecho y probablemente el decisivo, fue la no correspondencia de Augusto a los ardientes sentimientos de Emilia, por estar enamorado de otra mujer, Amelia Bustamante, natural de Quijas (Santander). Precisamente de 1876 existe una carta de Linares, dirigida a su amigo y consejero Giner de los Ríos, en la que le comunica su gran dolor al no verse correspondido por Amelia, en su deseo de reanudar más seriamente unas relaciones amorosas brevemente interrumpidas.[19]

No obstante, la caballerosidad y quizá también el amor propio de Augusto, le impulsaría a hacer creer a Emilia que sus sentimientos eran correspondidos, si bien el alto sentido del deber y el respeto que el honor de Emilia y su familia le merecían le impide pasar del terreno platónico. Hecho que ella, aunque en sus versos se niegue a comprender, sirve para acrecentar su devoción hacia Augusto y nos explica la mezcla de amor, respeto y admiración que rezuman sus cartas.[20]

Aunque ignoramos si hubo una correspondencia anterior a la que ahora publicamos, parece que tras la marcha de Augusto, a raíz de la «cuestión universitaria» se cortó la rela-

---

19 *Epistolario de A. González de Linares a F. Giner de los Ríos.* La carta no lleva fecha. Por el contexto creemos que es de 1876.

20 Aparte de las cartas que comentamos, rebosantes de admiración y respeto, existe una carta, la ya referida de 19 de septiembre de 1879, dirigida a Giner, en la que, además de sus protestas de amistad y afecto hacia Augusto, muestra su inclinación por los hombres virtuosos. «Y ha de saber V. que una de las pocas cosas buenas del todo que hay en mi carácter, es la predileción por los hombres virtuosos en el amplio y alto sentido de la palabra. Jamás reí las gracias de ningún calavera, ni vi sin impaciencia bajezas y pequeñeces».

ción de todo tipo entre Augusto y Emilia. No obstante, el proceso en el que se ve envuelto Augusto y cuya parte legal ha encomendado a D. José Pardo Bazán, da pie a Emilia para escribirle, recriminándole su negligencia en este asunto, y sermonearle por su falta de sentido práctico. Puesta en plan de mujer eficiente, y siguiendo el tono protector, casi maternal, que la situación de Augusto exige, le anuncia que va a escribir también a Paco Giner para que se lo recuerde.

La segunda carta revela que se ha producido una situación inaudita, por lo desacostumbrada, por parte de Augusto. La larga carta de ocho páginas que le ha escrito es para ella un «rapto de fiebre epistolar», lo que indica lo poco aficionado que es Linares a escribir, al menos a la Pardo Bazán.

Digno de notar también el desahogo sobre la familia de su marido, y que sea una confidencia que sólo haga a Linares. La situación que le comenta hace explicable su estado de ánimo triste y deprimido, que se prolongará, pese a su triple maternidad, mientras dure su matrimonio y su estancia permanente en La Coruña.

Probablemente debido a su infelicidad matrimonial, trata de justificar su amor por Augusto. Perdida esta posibilidad también, sólo le quedan dos válvulas de escape: el amor a su hijo y el amor al trabajo.

Su interés por la futura vida sentimental de Augusto parece iniciado en alguna carta anterior, pues, según el texto, él ha tratado de convencerla, con muy diversas razones, de su deseo de no casarse. Hecho comprensible si tenemos en cuenta su reciente fracaso amoroso con Amelia Bustamante.

Emilia cree erróneamente que su actitud obedece al hecho de que Augusto haya cifrado su ideal femenino en un tipo de mujer acorde con sus valiosas prendas intelectuales y morales. Probablemente está pensando en sí misma y también en que este tipo de mujer no abunda en España. Razón por la que le propone que la busque en el extranjero.

La tercera carta, de tan larga redacción, alude sin duda a su frustrado amor por Augusto que ahora trata de sustituir con su amor maternal. Su hijo le va a inspirar nuevos versos

que ella va a titular con su nombre: *Jaime.*[21] Parece que la presencia del hijo se ha producido en el momento oportuno. Gracias a él acepta el tono de vida familiar correcta y respetable que exige la moral mesocrática, aun cuando falle el amor a su marido.

Con su alusión a los triunfos de Orense, probablemente desea saber, de forma directa, la opinión de Augusto sobre el fallo del Tribunal que le ha concedido el primer premio por su trabajo sobre Feijoo. Porque indirectamente ya lo sabe. Giner en nombre propio y de Augusto le había recriminado por lo que, suavemente, denominó «falta de seriedad» al hacer saber al tribunal del concurso que los trabajos presentados eran suyos. Es más, consideró que su principal contrincante, Concepción Arenal, poseía por aquel entonces méritos muy superiores a los de ella y que su trabajo era mejor. Razón, sin duda, por la que Augusto no la felicitó.[22]

También acusa el silencio epistolar de Giner. No sabemos si a causa del mucho trabajo o a causa del disgusto que le ha producido el comportamiento de Emilia en el asunto de Orense. Como va a ocurrirle en alguna otra ocasión, busca refugio en la religiosidad. La iglesia de Santiago, un bonito templo cuya fachada románica puede contemplar desde la parte tra-

---

21 La primera edición de estos versos, una breve tirada de 300 ejemplares, en diminuto tamaño, fue un delicado obsequio de Giner de los Ríos.

22 En el citado Epistolario de E. Pardo Bazán a Giner existen dos cartas muy largas dedicadas a tratar el asunto del certamen. En la primera, Emilia trata de dar toda clase de explicaciones para defenderse de la velada acusación hecha por Giner de falta de formalidad al dar a conocer su personalidad a los miembros del jurado. No tuvo éxito, pues, en otra carta, Giner la acusa abiertamente. A esta segunda misiva contesta Emilia llena de indignación. Por el contexto de la carta parece que los conceptos vertidos por Giner son también de Augusto y quizá por esto la repulsa es doblemente sentida. Así escribe:

«Con el pulso agitado y el ánimo agitadisimo contesto sin pérdida de tiempo a la suya, para rechazar con toda la energía de que soy capaz la frase con que V. y Augusto me lastiman diciendo que «hice mal en dar a entender era mia la poesia».

sera y alta de su casa, en donde parece que ha instalado su estudio, le produce una nostálgica pero grata compañía.[23]

Pero esta muda compañía no es suficiente. Necesita el calor y sobre todo la comprensión humana. Necesita no sentirse abandonada por sus amigos como ahora se siente. El recuerdo de la balada de Heine es una dura acusación que debió herir la fina sensibilidad de Augusto. Pero nada puede hacer. Para Emilia, consciente o inconscientemente, ese recuerdo quizá haya contribuido, a lo largo de su vida, a justificar su natural egocentrismo, tan manifiesto en algunas ocasiones.

En esta gran soledad que siente, sólo su hijo dice que la solaza. Pero, como afirma la carta siguiente, tampoco esto basta para llenar la inmensidad de sus sentimientos. Se ve claramente cómo al amor maternal se sobrepone su vocación y ambición tan íntimamente unidas.

El optimismo vuelve a aflorar en la carta posterior, probablemente del 6 de abril de 1877, a pesar de que su causa, un telegrama de felicitación, sería para otro cualquiera un gesto de mera cortesía. Y otra vez se manifiesta que el amor a su hijo, aunque siempre prevalecerá sobre el de las dos hijas que le nacerán más tarde, no llega a absorberle en la medida que lo hará el amor pasional al hombre, más en sentido abstracto, aunque se vaya concretando en varios hombres, a lo largo de su vida. Fenómeno muy frecuente en las mujeres tan temperamentales como Emilia.[24]

---

23 Esta iglesia se halla en la parte trasera de la calle de Tabernas, en cuyo número 11, se halla la casona de los padres de Emilia y en la que ella habitaría hasta su muerte en las temporadas pasadas en La Coruña. Hoy es casa museo, además de sede de la Academia de Letras de La Coruña.

24 Aparte de enamoramientos más o menos platónicos como éste, parece que la vida sentimental de D.ª Emilia fue muy agitada. Además de los amores conocidos de Galdós, Lázaro Galdeano y Blasco Ibáñez de que nos habla C. Bravo Villasante, el Profesor D. Dionisio Gamallo Fierros, gran estudioso de la escritora gallega, añade los nombres de Edmundo Goncourt y el pintor Vaamonde.

Por tanto, nada tiene de extraño que sea ella la que, pese a lo que parece le prometió a Augusto, tome la iniciativa, remachando en constantes alusiones la expresión de sus sentimientos amorosos. En lo que dice del presentimiento de su llegada y de estar con él a cualquier hora, no cabe mayor explicitez. Quizá por eso, la visita no tuvo lugar.[25]

Las dos últimas cartas, a propósito de la enfermedad de Heraclia, ofrecen datos que demuestran el alejamiento cada vez mayor existente entre ambos. Augusto, si viene, conocería a su hijo, lo que demuestra que no aceptó anteriores invitaciones, y que el alejamiento es sin duda impuesto por él.

Pero ella no cesa de recordárselo. Su apasionado temperamento se exacerba también en una mezcla de amor maternal y pasional hacia el ser querido que sufre y al que quiere prodigar su cariño y su consuelo. Certeramente se ha dado cuenta de que si Augusto fuera feliz, ella se replegaría considerando innecesario su amor. Su desbordada imaginación descansaría un tanto, situando al hombre amado en un lugar real, no casi quimérico, como el que ahora ocupa.

Al igual que todas las anteriores, la despedida sintetiza esa mezcla de amor y respeto que Agusto le merece.

Como ya dijimos, es posible que hubiera otras cartas, aunque de la actitud retraída de González de Linares puede inferirse que no serían muchas. No obstante, y pese a la actitud contenida de Emilia a causa del «respeto» tantas veces aludido, este epistolario sintetiza el capítulo amoroso más bello, por ideal y generoso, de la escritora gallega.

Ahora cabe preguntarnos sobre la relación futura de ambos protagonistas. Como ocurre siempre que la pura amistad se ve acompañada por el sentimiento amoroso, una vez fracasado éste, aquella no va a perdurar.

Emilia en una de sus últimas cartas dice que sus vidas siguen caminos distintos y aún divergentes. Y es cierto.

---

[25] En fechas posteriores sigue deseando su visita para, entre otras cosas, mostrarle a su hijo Jaime.

Augusto, tras su marcha de Santiago, expulsado de su cátedra, dividirá su actividad entre Madrid y Santander. Su principal tarea será colaborar con Giner y otros krausistas, en la creación y primeros pasos de la Institución Libre de Enseñanza. Pero más inclinado hacia la investigación científica que hacia la docencia, inicia en 1880, un largo viaje de estudios por el extranjero.

En París va a conocer a la que será su esposa, Luisa de la Vega y Wetter (1862-1944). Era hija de un pariente suyo, Federico de la Vega, oriundo de Ucieda (Santander) y afincado en la capital francesa, y de su segunda esposa, francesa, Emilia Wetter.

Según nos cuenta Benito de Madariaga, Luisa de la Vega, además de joven y bonita —tenía 16 años menos que su marido— era una mujer excepcional. Poseedora de unas cualidades fuera de lo común, tanto en el plano puramente humano como en el cultural, no sólo fue una buena esposa y madre, sino que se convirtió en eficaz y estrecha colaboradora en las tareas científicas de su esposo.

Así pues, vemos cómo Emilia Pardo Bazán va a acertar plenamente cuando aconseja a Augusto que busque esposa fuera de España. Conociendo las brillantes cualidades intelectuales y el espíritu librepensador de Augusto, considera que es muy difícil que halle en España una mujer acorde con sus exigencias y merecimientos.

Pero Augusto, en este aspecto, aún va a ser más afortunado. Va a hallar en la «mestiza» Luisa lo mejor de los dos tipos de mujer. A la cultura y laboriosidad intelectual de la extranjera unirá la honestidad, humildad y espíritu de sacrificio de la mejor mujer española.

Por lo demás, la vida de Augusto no va a ser fácil. A lo largo de su corta existencia —muere a los 58 años, en 1904— va a cosechar más disgustos y fracasos que éxitos.

Aunque en 1881, al subir al poder los liberales de Sagasta, va a ser repuesto en su cátedra de Ciencias Naturales, lo será en la Universidad de Valladolid y no en la de Santiago. Pero sus viajes de estudio le han empujado a la biología marina.

Razón por la que dedicará todos sus esfuerzos y los de sus amistades, principalmente de Giner, para conseguir la creación, en 1886, de la primera Estación de Biología Marítima de España en Santander.

La rutina y escasa inquietud innovadora e investigadora de la Universidad española, le lleva a pedir la excedencia de su cátedra en 1887, una vez asegurado su puesto de director de la recién creada Estación de Biología. Pero su carácter recto e insobornable en todos los terrenos, le acarrearán enemistades políticas y profesionales que, en algún momento, harán peligrar, incluso, la pervivencia de la Estación con tanto esfuerzo creada.[26]

En el plano económico su vida será también un constante batallar entre la pobreza de los presupuestos oficiales, su carencia de bienes propios y su innata generosidad y falta de sentido práctico y administrativo.

Con todo, Santander sabrá reconocer sus méritos científicos y humanos dedicándole a su muerte un cálido homenaje y la erección, en 1908 de un monumento coronado por el busto de tan ilustre biólogo.

La vida de Emilia, que se prolonga hasta 1921, es una vida de triunfos. Contribuyen a ello varios factores. Por un lado, su induble talento y laboriosidad. Por otro, su carácter ecléctico, práctico y expedito le acercará a cuantos, dentro y fuera de España, puedan ayudarle en su carrera literaria; inversamente, sabrá eliminar todo cuanto pueda entorpecerla. Valiéndose de su privilegiado status socioeconómico y prestigio literario, logrará situarse entre el escaso número de ilustres y destacadas personalidades de la Restauración en la que se va a sentir cómodamente instalada.

---

[26] Benito Madariaga nos informa sobre los continuos ataques que sufrió la creación y pervivencia de la Estación Biológica santanderina. En alguna ocasión se hizo necesaria la valiosa influencia de Menéndez Pelayo para que no se consumara la desaparición de la misma.

A sus triunfos literarios en el campo de la novela naturalista de la que será la más destacada representante, dentro de la modalidad hispana, habrá que añadir su actividad como crítica literaria, ensayista y divulgadora de las corrientes europeas, no sólo literarias sino también sociales, al situarse al frente del incipiente movimiento feminista en España. Llegando, por último, a ser presidenta de la Sección Literaria del Ateneo madrileño, Consejera de Instrucción Pública y profesora de Literaturas Modernas de la Universidad Central.

La divergencia vital de Emilia y Augusto quizá nos explique un tanto la falta de relación posterior a la que nos ocupa. Es más, cuando en 1879 surjan nuevas complicaciones legales contra Linares y Calderón, al parecer como consecuencia todavía de la «cuestión universitaria», Emilia tendrá noticias de ellos por Giner de los Ríos. Afortunadamente va a poder influir cerca del Gobernador de La Coruña consiguiendo que la cuestión quedara zanjada con el pago de una fuerte multa.[27]

En fecha muy posterior, en el verano de 1894, la ya famosa D.ª Emilia de Pardo Bazán hará una rápida visita a Santander y lugares de la provincia más dignos de ser admirados por sus bellezas paisajísticas o artísticas. Sus notas de viaje serán publicadas un año después bajo el título de *Por la España pintoresca.* Por las crónicas de la prensa local, sabemos que fue recibida en la capital de la Montaña por sus viejos amigos González de Linares y Pérez Galdós.

---

[27] Existe una carta en el Epistolario de E. Pardo Bazán-F. Giner de los Ríos, fechada el 9 de octubre de 1879, en la que se trasluce la satisfacción de Emilia por haber podido hacer algo en favor de sus amigos:

«¿Y por qué no me ha avisado V. antes lo del informe de Augusto y Laureano? Lo mismo fue recibir la de V. que enviar una esquela al Gobernador para que viniese a verme; vino aquella noche y le hablé del asunto... Ahora mismo, en efecto, recibo esa carta, que envio a V.; si no miente su texto el informe está despachado en el sentido más conveniente ¡diantre de seis mil reales de Augusto y que mal empleados que van!... Otra vez acuérdese de mi en primer término, la casualidad puede hacer, como en esta ocasión, que yo sirva de algo».

De esta ciudad estima la escritora «Merecen visitarse cinco cosas: la iglesia subterránea del Cristo, la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, la Estación de Biología Marítima, el Sardinero y el palacete de Galdós».

Si no supiéramos de la accidentada vida sentimental de Emilia durante los años transcurridos desde su separación matrimonial hasta ahora, bastaría la reseña de la visita a la Estación biológica y al palacete de Galdós, para comprender que el romántico amor hacia Linares es ya un mero y lejano recuerdo sustituido por otros amores entre los que se cuenta el apasionado y correspondido idilio con el autor de los *Episodios Nacionales.*

Por ello, creemos que si la visita tuvo alguna intención personal, en esta ocasión iba dirigida hacia Galdós. Por estas fechas, parece que el autor de los Episodios se había replegado en su devoción hacia Emilia, dolido por sus infidelidades. Es más, sabemos que D. Benito había iniciado una nueva relación sentimental. No obstante, es por éste por quien vuelca su interés, tratando, probablemente, de recuperar el perdido amor.

La reseña de la visita hecha al palacete galdosiano, que debió prolongarse algunas horas, rezuma admiración y calidez entrañable hacia su dueño. En cambio, es escueta y fría la narración de la visita a la Estación biológica de Linares. Siendo a la belleza de la fauna marina allí expuesta a la que dedicará su atención y no al creador y director de la Estación.

«Abandonamos el palacete para dedicar unos instantes a la *Estación Cantábrica de Biología Marítima,* pomposo nombre del modesto laboratorio destinado por el Gobierno y Diputación provincial de Santander a los trabajos y ensayos del profesor D. Augusto Linares; trabajos análogos a los de Milne Edwards, Müller, Quatrefages y Agassiz. Líbreme Dios de soñar en descripciones científicas. Sólo diré para inteligencia de los profanos como yo, que la tal estación o laboratorio tiene por objeto estudiar la fauna y la flora de las grandes profundidades submarinas, muy hondas en este punto de la costa cantábrica. De la flora y la fauna de los abismos oceánicos, lo

único que nos interesa a los que la miramos con ojos puramente artísticos es su extraña hermosura...».[28]

Conocemos la facilidad con que Emilia va prodigar sus alabanzas a muchos de sus contemporáneos, gran parte de los cuales —según Marañón— no lo merecían. Y conocemos las alabanzas, casi hiperbólicas, que en estas cartas dirige a Linares. Por ello, no deja de extrañar el frío laconismo empleado a la hora de enjuiciar al creador y director del modesto laboratorio de investigación oceanográfica de Santander. Lo que viene a demostrarnos que la relación amistosa existente entre ellos había desaparecido totalmente por estas fechas.

No sabemos qué ha podido ocurrir. Pero de aquella gran amistad, convertida en apasionado amor por parte de Emilia, nada queda. Es posible que el alejamiento sea el principal motivo, pero no el único.

Augusto ha cesado totalmente su relación epistolar. Por las fechas que siguen a las cartas que comentamos, las noticias que Emilia va a tener de Augusto serán siempre a través de Giner de los Ríos.

Ignoramos la causa de esta interrupción. Por conjetura podríamos apuntar dos: una de tipo estrictamente personal; la otra de tipo científico.

La personal se refiere a una relación amorosa sostenida por Augusto con una señora casada, en fecha posterior a su fracaso con Amelia Bustamante. Fruto de esta relación es el nacimiento, en 1880, de una hija, María. De esta niña que ha nacido en Francia se hace cargo Augusto, siendo aceptada después por su esposa María Luisa, como hija propia.

Este hecho viene a confirmar que no fueron razones de índole moral, las que detuvieron los impulsos pasionales de Emilia, sino la falta de amor por parte de Augusto.

Pero es muy posible que este hecho conceptuado de escandaloso en aquella época pudo llegar a oídos de Emilia a

---

[28] E. Pardo Bazán. *Por la España pintoresca.* Barcelona, s. a. ¿1895?, IV, p. 39.

través de amigos comunes, significando un duro golpe para el amor propio de la escritora y, sobre todo, la estrepitosa caída de su venerado ídolo.

Para Augusto este hecho también resultó muy desagradable y vergonzoso. De algún modo consideró que había traicionado los grandes principios éticos recibidos de Giner y sus amigos krausistas, y de los que se había constituido en ardiente defensor. Tal es lo que se desprende de las cartas dirigidas a Giner tras el nacimiento de su hija.[29]

Es lógico, por tanto, que no se sintiera con ánimos de proseguir su amistad epistolar con Emilia a la que ninguna explicación podía dar de su conducta. Y ni siquiera se atrevió a comunicarle su matrimonio, pese a los grandes deseos manifestados por Emilia.

El otro hecho de aspecto totalmente distinto, tiene un carácter meramente científico.

Ya sabemos cuáles eran las opiniones científicas de Augusto y hemos señalado, coincidiendo con Caro Baroja, cómo debió ser su carácter librepensador y su adscripción a las doctrinas darwinistas una de las causas que determinaron la destitución de su cátedra santiaguesa.

Sabemos también de la gran influencia que las enseñanzas de Linares ejercieron sobre la formación cultural de Emilia. Enseñanzas que no se limitaron al campo literario, sino que abarcaron el campo filosófico y el científico. Esto es lo que parece indicar su suscripción a las dos importantes revistas francesas: la *Revue Philosophique* y la *Revue Scientiphique.*

Fruto de esta formación científica que ya no la abandonará nunca, aunque no consagre a ella su actividad, serán sus prácticamente primeros trabajos serios. Me refiero a la serie de artículos de divulgación científica que bajo el título de «Ciencia amena» va a publicar en la *Revista Compostelana* en

---

29 Ver *Epistolario A. González de Linares a F. Giner de los Ríos* de próxima publicación.

1876 y 1877, y su trabajo «Reflexiones científicas contra el darwinismo» publicado en la *Ciencia Cristiana* en 1877.[30]

No obstante, en ambos trabajos sigue las doctrinas profesadas y enseñadas por el jesuita P. A. Secchi, director del observatorio romano y que, consecuentemente, iban contra las profesadas y enseñadas por González de Linares.

Este prudente viraje conservador por parte de Emilia, nos explica el que a pesar de haber realizado estas publicaciones durante el período en que mantenía su correspondencia con Augusto, nada diga a éste de las mismas. En cambio sí le nombra su trabajo sobre Feijoo.

No sabemos lo que tardaría en conocer Linares estos trabajos. Pero no cabe duda, conociendo su carácter y cuáles habían sido sus enseñanzas, que debió considerar una traición la postura adoptada por Emilia. Y en ese caso, su desencanto hacia la acomodaticia postura de Emilia, debió ser grande.

Lo que probablemente no comprendió González de Linares, como no lo comprendieron la mayoría de cuantos trataron a D.ª Emilia, es que ésta siempre separó sus afectos de su criterio personal. Lo que pensaba en el momento que escribía, acertada o erróneamente, era incapaz de rectificarlo siguiendo opinión ajena a la suya.

Así veremos como, en este aspecto, ni de Giner, ni de los severos redactores de la *Ciencia Cristiana,* ni de Menéndez Pelayo, ni de Galdós aceptó opiniones que no compartía.

---

30 La *Revista Compostelana* empezó a publicarse semanalmente a principios de septiembre de 1876. Los artículos de Emilia, 11 en total, se inician el 16 de Octubre, en el número 3, y terminan en el número 14 (9 enero 1877). El primer artículo está consagrado a la presentación y justificación de la serie. Los tres siguientes tratan sobre «El calórico». Otros cuatro los dedica a «La luz». A continuación, dedica dos artículos a «la electricidad». El último lo consagra a «La circulación del movimiento». Estos artículos merecieron alguna crítica. Así en el número 16 aparece un artículo de Octavio Lois Amado titulado «Observaciones al artículo de la señora D.ª Emilia Pardo Bazán, sobre «el calórico», que fue contestado por la autora en el número 17 (1 febrero 1877) con otro artículo titulado «Apología sobre el calórico».

En resumen: ciertas o no estas hipótesis, el hecho es que a partir de 1879 se ha desvanecido la relación de Emilia con Augusto y con ella un bonito capítulo amoroso de la escritora gallega. Pero no desaperecerán muchas de sus enseñanzas. No desaparecerá su liberalización mental y no desaparecerá su amor a la ciencia. Esta permanecerá como puntal básico de lo mejor de su producción literaria: su novela naturalista.

Emilia en la primera etapa de su vida literaria, como tantos de sus contemporáneos, va a sentir una profunda admiración por la «Ciencia». Esta es la que, sin duda, le inspira la entusiasta afirmación cientificista dirigida a Menéndez Pelayo:

«Lo que hay en el fondo de la cuestión es una idea admirable, con la cual soñé siempre: la unidad de método en la ciencia y el arte. ¡Ahi es nada! La división arbitraria ha desaparecido, y la observación y experimentación se aplican lo mismo a la novela que a los estudios anatómicos».[31]

PILAR FAUS
Biblioteca Provincial de Valencia

---

31 *Epistolario de E. Pardo Bazán a M. Menéndez Pelayo.* Carta fechada en La Coruña el 15 de mayo de 1883. C. Bravo Villasante. Ibid., pp. 86-87.

LAS CARTAS

[1]

Coruña, Abril 27

Amigo mio, escribo para reñir y sermonear, y alguna vez me ha de tocar a mi. Muchas veces he dicho a V. que su verdadera vocación y temperamento son artísticos, pero como V. ha elegido ser científico, es fuerza que renuncie a dejar flotar en su vida cabos sueltos, tolerables solo en los que se dejan subyugar por la fantasia. Dice mi padre (vamos al grano) que es de todo punto necesario que V. escriba a Vazquez Rojo, porque dicho señor que aceptó muy gustoso el encargarse de la causa de VV. ha manifestado extrañeza de que V. no se hubiese puesto en relación directa con él para lo concerniente á este negocio. Con que ya lo sabe V. Se dirijen (sic) las cartas así:

Sr. D. Constantino Vazquez Rojo
del Colegio de Abogados
Galicia Coruña

o si V. lo prefiere, me envia la carta y yo la transmito al Sr. Vazquez Rojo ó me escribe dandonos cualquier razon que motive su silencio y fijando un plazo para romperlo, ó... En fin, que haga V. algo que revele formalidad y cierta exactitud muy *séyante* en hombre como V.

Por si a V. se le va el santo al cielo, voy a escribir a Paco Giner rogandole se sirva recordar a V. que está V. encausado y que ha de menester entenderse con el Sr Vazquez Rojo.

¡Ah! advierto a V. que mi padre a fuer de persona de mal gusto, se ha leido de cabo a rabo la joya literaria con que V. acaba de enriquecer mi libreria; y que la halla ingeniosa, sagaz y (lo diré?) reaccionaria en su fondo!

Adios. No se distraiga V. y olvide al Sr. Vazquez Rojo; ni siquiera a todos nosotros y en especial a su amiga.

J. Emilia

Meiras, Octubre 11 [1876?]

[2]

Ruego a V. dirija la adjunta a Hermenegildo Giner, cuyas señas ignoro.

Amigo mio: qué *rapto* de fiebre epistolar ha sido ese? A qué debo ocho páginas nada menos y aún de letra menuda las cuatro primeras?

En la aritmética que en estos asuntos gasta V. esto equivale á todas las cartas que le he escrito en los tres años que ha que le conozco, y a todas las que le escribiré en otros tres. ¡Y cuan facil es contentar a los que están habituados a poco! Aunque a decir verdad, tal vez su carta, primera que me ha escrito tan larga me produjo una impresión mixta de placer y melancolía. *Lo que prueba mucho, no prueba a veces nada.*

No, el mayoral no se ha quedado con el parte; si, lo he recibido, y encontrandolo, como V. acertadamente siente, mas lacónico aun que la carta. Por lo que toca á *politesse* no creo estar por bajo de V.: solo que no teniendo la fortuna de ser tan *estrafalaria,* no seria en mi disculpable lo que en V. es acaso interesante.

Mucho deseo que su hermana logre completo alivio con su viaje a Madrid ¿Qué tiene? A propósito de desgracias de familia, no se si habia dicho a V. que Vicenta vuelve a estar con nosotros; sucedió lo que yo imaginaba: se cansó del convento, y se vino otra vez a casa. Parece por ahora que está bien: no se si levantará otra vez cabeza el terrible mal. Por lo que a mi respecta, mis penas son en efecto originadas por la misma cuestión de los últimos días del Castillo, pero de tal manera se ha complicado, y tantos y tan graves motivos de pesar me ha dado nuevamente, que si no fuera por mi angelito de mi vida y mis buenos padres no sé a qué fuente iría a beber consuelo. Es cierto que es hasta vergonzoso que asuntos de esta índole traigan consigo tal séquito de disgustos, y puedan amargar dias que el deber podria hacer tolerables y hasta dulces, pero no es la cuestión en si la que acarrea sinsabores sino la convicción de estar enlazada a una familia de indignos y de que mi sangre corra por las venas de mi hijo unida á la suya. Es V. la primera persona *que recibe estas confidencias de mi* y será probablemente la última. Puede V. por lo poco que le indico comprender cual será a veces el estado de ánimo de una mujer que no es buena ni mucho menos pero que sin embargo no deja de sentir repugnancia hacia ciertas miserias prosaicas y ridículas. No me conteste V. a esto si ocurre que V. me escriba. A veces me asusta el pensamiento de morirme y que mi Jaime quede a merced de una multitud de contingencias y entonces se apodera de mi un apego a la vida que jamás he sentido. No crea V. que me he vuelto buena *ménagere:* he de disipar sus ilusiones en este pun-

to. Mi madre está sobrado penetrada de la alteza de su misión para que ceda su puesto a nadie: yo lo que hago es estudiar mas que antes, porque ahora tengo que llenar en lo posible los grandes vacios que se dejan notar en mi cultura para estar prevenida el dia que haya de comenzar á preparar la educación de mi hijo, tarea tanto mas ardua cuanto que para ella estaré sola ó acaso contrariada. Amigo mio, ahora se que no ya solo con el colorido de la fantasía sino con un *regret* mas puro acuden a mi memoria planes y sueños que ya nunca permitirá la suerte. Cuando menos quizá algun dia podré proponer a mi hijo un modelo, una especie de ideal á que referir mi vida. No quiero pensar que haya de ser incapaz de entenderme.

Pepe no ha presentado su estatuita, porque no se abrió aún el concurso para el monumento. Yo si envié los trabajos al certamen literario, el primero una Oda a «Feijoo como filósofo» y el otro un «Juicio crítico de sus obras». El primero obtuvo el premio que consiste en una rosa de oro; el otro ha dado origen a que dividida la opinión del Jurado en la apreciación de las doctrinas que en él se contienen, haya habido que pensar en nombrar otro jurado y se haya suspendido la adjudicación del premio. No sé en qué parará esto: hay otro *Juicio* en campaña, a cuyas doctrinas parece que se inclina una parte de los jueces; todo esto lo sé muy vagamente porque el certamen tuvo lugar el 8, y por ahora solo he recibido telégramas de felicitación y dos cartas escritas á la *hâte:* asi es que ni sé qué doctrinas gustan o no gustan a los Sres. ni sé quién compondrá el nuevo Jurado, ni cuándo se constituirá; ni en Orense consta que sea mio el *Juicio* porque por ahora no se han roto los lemas y aún permanece esto reservado, ni en fin me doy cuenta de como por cuestion de ¿doctrinas? se suspende la adjudicación de un premio en un certamen literario. Tan pronto pueda le enviaré la oda; en cuanto al Estudio Crítico veremos como se resuelve la cuestión y de todos modos V. lo tendrá también.

Yo creo que no le doy a V. ninguna sorpresa con decirle que Alfredo se casa con Mariana: pero amigo mio, *comment se fait-il que...?* Injuriaría a su perspicacia si continuase. En el interés que me tomo por Alfredo, que tiene lados muy buenos, me alarma el pensar en el estado de su salud. Dios quiera robustecerle para que si tiene la dicha de que le nazca un Jaime, le vea educado y en camino de ser un hombre. Tan pronto como Mariana y su mamá se marchen de Santiago, espero una visita de Ramona y Carmen.

Si va V. a Madrid y no vive con Alfredo, envieme las señas si no quiere dejar de saber de su amiga.

Muchas y muy conformes con el delicado sentir de mi delicado poeta en prosa, son las razones que me da para no casarse; pero a veces muchas razones pesan menos en la balanza que una sola y por eso creo que a pesar de todo la exigencia vivisima de sentimiento vencerá esas dificultades accidentales. De sobra sé que no es fácil hallar lo que V. con tanto derecho exige a su tipo: pero aun es temprano para arrancar las rosas y V. no puede estar así, vacio de ternura y pasión. Quizá procurando tratar extranjeras —su amigo Riaño puede serle útil en esto— encuentre V. algo que en España no abunda.[1] Verdad es que los idilios y los poemas se vienen espontaneamente a la imaginación y nunca huyen mas que cuando se quiebra uno la cabeza para dar con ellos.

Mi padre dice que aunque es V. una criatura perdida en los piélagos insondables de cosas que no entiende, no por eso tendrá menos placer en escribirle de minas (¿No tendrá V. la pretensión de que yo crea que se ocupa de minas de estaño?) Mi madre dice que cuando se lo permita este pícaro nieto que no hace mas que necesitar ropa y cuidados le enviará las semillas.

Si Alfredo antes de ir a Madrid, o a esa, o donde sea, que nada sabemos viene por aquí las llevará: si no, buscaremos otro medio de que vayan.

Ahora tendria yo una gran ocasión para hacer *politesses* aseverando que nunca es V. impertinente. Pero en castigo de sus bromitas acerca de mis rizos, estilo y demás, no la aprovecho y le dejo en la persuasión de que ha cometido un delito de lesa finura.

Cuando llegue V. a Madrid y pase por delante del Casino quizas le ocurra que el escribirme seria una buena obra. No obstante, si es verdad que toda acción trae consigo una reacción de igual intensidad, la carta de ocho carillas le va a sumir en un mutismo de ocho años. Dios le de a V. un invierno más feliz que el pasado y haga nacer a su lado manifestaciones tan vehementes y profundas y para V. mas satisfactorias. Acuerdese alguna vez de su amiga que le respeta.

J. Emilia

---

[1] Debe referirse a Juan Facundo Riaño gran amigo de Giner y de Augusto que casó con Emilia Gayangos, hija de Pascual Gayangos y madre inglesa. Su padre vivió largos años en Inglaterra. Razón por la que Emilia recibió una esmerada educación inglesa a la que unía una cultura y virtudes fuera de lo común.

[3]

Coruña 24 [diciembre 1876?]

Amigo mio: largo en demasia me pareció el tiempo transcurrido sin escribirle. Tengo un desaliento en todo lo que es recordar mi existencia que unido a circunstancias —*of no matter*— me han impedido hacerlo. Si pensara que a V. le pesó esta interrupción seria presuntuosa y si lo supiera quizá cediese un tanto mi desaliento.

De qué he de hablarle a V.? La distancia, la dirección encontrada que llevan nuestras vidas, hace que ni yo sepa cuales son sus actuales preocupaciones, ni las mias pueden interesarle. Creo que está V. con su hermana; y digo creo, porque ni aún sé donde está V. ni Salvador, ni Hermenegildo Giner que me escribió recientemente, me dicen nada de V., miento, este último da recuerdos de V. para mi y mi marido. Asi es la vida: el grado de expansión cariñosa pende de unas cuantas leguas mas o menos.

Mi niño crece en cuerpo y espiritu, y su inocencia es mi encanto. En el momento que escribo esto estoy completamente sola en casa con él; toda mi familia se ha ido a una tertulia y él está en mi regazo; no tengo mas que una mano libre, de modo que no se como va escrito esto, ni aun acierto a ordenar mis ideas, porque continuamente echa sus manecitas a la pluma y me distrae. Yo no sé lo que daría porque V. lo viese; ahora mismo logro que se duerma. Si no me engaño es hermoso; tiene el pelo negro, los ojos negros y muy dulces, la boca muy chiquita y la nariz más desarrollada que suele estar a su edad, es ancho de pecho y me parece que no le faltará vigor y musculatura.

Yo cierro los ojos y le veo de veinte años. No extrañe mi amigo el lirismo que tengo por esta criatura: es muy dulce dar al mundo un hombre, y es muy necesario querer con pasión cuando faltan cosas que jamás, jamás, se reemplazarán y hay heridas que sangran hasta la muerte y duelen como en el instante divino en que se recibieron.

Creo que fuera mejor haberme ido a la tertulia porque no tengo ni un átomo de fuerza y obediencia y respeto a quien tanto debo. Recibió V. la última carta mia en que papá le enviaba unas ligeras noticias sobre minas de estaño?

Hemos tenido aqui un mes a Carmen y Ramona; es decir, primero se fueron al campo en donde estábamos y de allí nos vinimos a este feisimo pueblo, en donde nadie abre un libro

y en que la bahia está amordazada con muelles y fortalezas.

Natio borgo salvaggio
y aun si fuera *salvaggio* pase

Como mi hijo vino a santificar mi casa, la vida que hacemos es totalmente acepta *á los ojos de Dios*. Poco trato, y ese en un pie de gravedad cordial, los paseos higiénicos y retirados; modestia en todo, y bastante trabajo. No crea V. que lo digo de broma y como dando a V. pie para que se solace a cuenta de nuestro *mesocrático* retiro; es ciertisimo que vivimos patriarcalmente y que me he cojido [sic] con ambas manos al pretesto y motivo legítimo que la suerte me deparó, para fundar un nuevo sistema de producirme.

Continuo esta carta hoy 28 y no sé si podré terminarla. Me veo obligada a decir a V. que no es V. *amable ni atento* conmigo puesto que no me ha felicitado por mis *triunfos* de Orense, a pesar de haberle yo distinguido con una parte oficial que a nadie envié. Y bien sabe Dios que me complacia el poder demostrar a V. que trabajaba, pero está visto que no hay nada en lo que V. llama mi dirección *omnilateral* que pueda interesarle.

Y Paco Giner? qué hace? perezosisimo está conmigo: está visto que á muertos y a idos... Se acuerda V. de una balada de Heine que estaba en aquel libro con una de cuyas composiciones me hacia V. rabiar? Se acuerda V. de como el poeta dice que cayó en un abismo y gritó pidiendo socorro, como vió pasar a todas sus afecciones sin que ninguna le tendiera la mano, como por último un hombre enmascarado se acercó y le sacó de la sima; como quiso ver el rostro de su generoso libertador y era su propia faz? Pues en lo que toca a ciertos asuntos, yo he estado y estaré en situación análoga.

And whatever sky arobes me
here is a heart for every fate [1]

Vivo frente por frente a una iglesia. Todo el dia estoy viendo el pórtico, estilo bizantino que le gustaria a Giner bajo el punto de vista artístico, más que a mi que entiendo poquísimo de arqueología. Pero me agrada en estremo la vecindad: las iglesias hablan siempre, ya con sus campanas ya con su silencio. Su menor encanto no es el desterrar las ideas alegres, o por mejor decir, la alegre indolencia.

Amigo mio, aunque peque de importuna, he de recordar a V. que me ofreció darme noticia de un hecho que tarde o

[1] Y cualquier cielo me envuelve
Aqui tengo un corazón para cualquier destino

temprano se ha de producir en la vida interior de V. Sentiria saberlo por otros. Una mujer como yo, que no es joven ni enteramente vieja, es un buen confidente.

Deseando estoy retratar a Jaime y ahora que está tan hermoso, porque el primer ensayo que envié a Giner no me gusta ya.

No escribo mas porque me es imposible reunir dos ideas y no se me ocurre lo que yo quisiera. Adios amigo, hasta que Dios quiera.

J. Emilia

Cerrada ya esta carta, estuvo hasta hoy 14 de Enero sin poder ir al correo. La abro y veo que digo en ella algunas cosas que tal vez por efecto de mi preocupación digo ayer tambien a Giner. Decididamente flaquea el poco vigor de entendimiento que tuve. Estoy abatida, sin poder conciliar las aspiraciones con las realidades: muy mala madre soy.

[4]

Coruña, hoy lunes 10 Diciembre [1877?]

Amigo mio: hemos dejado el campo hace unos dias, y en los últimos que allí pasé habia escrito una carta que bien considerada, no me pareció despues merecedora de los honores del correo. Aun dirijo a V. esta a la Institución, pues nada se de como se le pone a V. el sobre. Triste, muy triste quedaba Meirás, y no lo está menos este pueblo, que solo me interesa por su bahia (mortificada por los diques y malecones). Casi no he visto gente y en ello poco pierdo. Verdad es que tengo aquí á una señora a quien me prometo visitar con cierta frecuencia, muy interesante y culta, y a lo que entiendo de alma muy delicada. A esto se reduce el activo de trato: en el pasivo inscriba V. todo lo demás. Mi hijo crece y se desarrolla no sin darnos algún susto: en los últimos dias del campo tuvimos uno regular, que nos lanzó aqui para estar a todo evento; pasamos dos días de alarma, al cabo de los cuales escribí yo a V. mi frustrada carta. No era sino un incidente de la dentición, poco grave. Está por lo demas encantador y cariñosisimo: sus caricias son para mi el único reactivo en el frecuente caimiento deánimo que me asalta, y ellas solas bastarian para poetizar mi poco accidentada existencia, sino hubiese en mí sentimientos que pudieran llenar cien

vidas. Convencida estoy de que hay en mi un entendimiento e imaginación insaciables, que quisieran como V. me dijo *jadis* abarcar el mundo todo pero que en cambio hay un sentimiento tan intensivo cuanto extensiva es la fantasía. No sabre hablar de esto, porque como decia Sta. Teresa, el corazon se me deshace. ¡Como se quiere a un niño! Y se ha de morir V. sin conocer este amor? Dios no será tan injusto, amigo mio querido, que niegue a V. una cosa que podria apreciar mejor que ninguno de cuantos hombres hay en el mundo. Ni a mi desoirá cuando le pido que de a V. esta dicha inefable, en cambio de todas las amarguras no merecidas que ha sobrellevado. Yo que tengo fe en la Providencia espero que me oirá cuando hago la buena obra de pedir por V.

El escribir a V. para siempre en esto. No extrañe V. pues que le escriba a largos intervalos: porque ¿que derecho tengo para entristecerle quizá hablandole de cosas íntimas y no siempre risueñas? Pensé que mi carta fuese de otro estilo. Queria preguntar a V. por Salvador a quien ha ocurrido tal desgracia, y por Giner de quien nada se hace mil años. En fin conformese V. con la carta tal cual va, incorrecta, inconexa y poco grata, y reciba V. un beso de Jaime y el cariño y veneración de su madre

J. Emilia

Happy and merry new year; Asi termina una carta que acabo de leer y que dirigia un pasajero de un vapor perdido a su futura. La hallaron en una caja a merced de las olas y me le enviaron para su traducción.

Hoy 6 de Enero puedo enviar esta carta! Ya me parece que solo a V. pudiera yo enviar al cabo de tanto tiempo noticias tan antiguas y siempre iguales.

[5]

Coruña hoy 6 [Abril 1877 ó 1878?]

Amigo mio, no diré que me ha sorprendido el que V. recuerde la fecha del dia de mi Santo; pero si que me ha conmovido tan dulce y gratamente como suelen las pequeñas manifestaciones que de vez en cuando recibo de que V. posee, á la vez que toda la intensidad posible de sentimiento, toda la memoria y constancia de afecciones que yo crei. Tenia escrita para V. una carta en que se reflejaba cierto desaliento y

cansancio del espíritu, pero la he roto, porque su telegrama de V. me reanimó. No cabe en palabras todo el gozo que causa a veces un pequeño detalle de este género. Unicamente siento haber roto mi carta, porque era lo primero que había escrito en mi nuevo estudio, y tenia el capricho de que esto primero fuese para V. En fin no creo que mis cartas valgan la pena de ir al correo siempre que las termino.

Mas una vez que me resuelvo a que esta no se quede en germen fuerza será que V. oiga todo cuanto en ella se me antoje contarle, culpandose a si mismo del *ennui* que por ello le sobrevenga. Ha de saber V. —empiezo por lo primero— que mi Jaime tiene ya cuatro colmillos, que era lo grave de la dentición; y que está tan gracioso como V. no puede formarse idea. Dice ya todas las palabras ininteligibles que componen el diccionario de los niños; parece que tiene gran viveza de imaginación y comprensión, pero quien sabe! no me fio de estas llamaradas; ni veo aqui posibilidad de enseñarle como yo quisiera; estoy urdiendo una conspiración a fin de poder traerle una doncella (aya no estaria en el orden) inglesa al menos, para que entre ella y yo, jugando le enseñásemos el francés e inglés y no tuviese mas adelante que pensar en aprenderlos. Me desespera la poquisima cultura ó por mejor decir la mucha groseria que puede adquirir un niño en este pueblo; y puesto que estamos en el terreno de las confidencias añadiré a V. que no cuento enteramente con las personas que me cercan para combatirla de un modo victorioso. Mi madre le enseñará a las mil maravillas la lectura, la escritura, y ayudará a formar su corazón; es la persona en quien tengo puesta mi esperanza. Papá podria hacer algo, mas por desdicha se halla en un estado de apatia, escepticismo y *écouvement* que combato cuanto puedo y que me aflige en estremo. Mi tia tiene (efecto quizá de su dolencia) un temperamento original e incomodo, nada a propósito para el caso. Quiere mucho a Jaime, pero de un modo singular e inoportuno. En fin, yo me prometo luchar para obtener lo que ya es el único fin y objeto, asi como el precio y alegría únicos de mi vida.

Mucho hace que nada sé de VV., Giner se ha olvidado de mi; Salvador me escribió desde Ginebra. No se si sabrá V. que asistimos a la boda de Carmen, y que aún después pasé en Santiago bastante tiempo detenida por unos amagos de *croup* que habia en la Coruña.

Alli si que estuve en verdadero *rôle de mére,* pues fui sola para cuidar a mi angelito, faena que aquí desempeña mamá. Y por cierto que me he convencido de que no es posible se-

pararla de este nieto, y he adquirido la dolorosa certeza de que aun hay en el mundo quien quiere más que yo a la prenda mia. Estuvo mi madre enferma y mucho con la falta de Jaime.

El marido de Carmen me parece bueno y afectuoso, y ella creo que se ha casado muy encariñada, merced a aquel caracter suyo especial, que es para mi un enigma psicológico. Cuando menos este yerno no dará malos ratos a Ramona, que como V. sabe no merece sino expansiones y ternura.

Ya se acerca nuestra temporada de ir al campo, y no se si la retrasará un poco el tener emprendida obra en esta casa. Lo sentiré, pues, ya sabe V. que mis preferencias estan por el campo, y así que se acerca Mayo pienso en las bignonias y en las acacias. Si VV. viniesen este año ¡no quiero soñarlo siquiera! me costaria demasiado renunciar despues a tan hermoso sueño, y prefiero que me caiga por la chimenea una expansión que tanto bien me haría. Nada me digan, si es que vienen; preséntense VV. de improviso; no, si V. viene creo que he de presentirlo y es imposible enteramente el que V. me sorprenda, pues a cualquier hora estaria yo con V. Y basta ya de carta, y reciba V. un beso de Jaime, que es lo mejor que tengo que dar. *For ever.*

J. Emilia

Se me olvida decir a V, que si para algo de su causa necesitan a papá lo tienen a sus ordenes, ojalá pudiera yo infundirle así actividad.

2.ª P. D.—Hoy recibo atónita el *bouquet* literario que V. me envia. Ca sent bien, ma foi! Un perfum délicat et distingué, tres comme il faut.—Ravie de l'offrande, plus encore que lorsque vous chantiez pour me faire enrager

Lieblich erhoben sie alle
die kleinen Stimmelein...

Vous serez toujours enfant, jusqu'a la mort, et ce qu'il-y-a de pis, c'est que je trouverai gentilles même ces drôleries. En penitence, vous lirez léssai ci-joint

[6]

Coruña, Julio de 1878

Amigo mio: Se en este momento, y por carta de Salvador desde Franfort, que su hermana de V. Heraclia, se halla mal,

y que V. y Paco Giner han salido para la Montaña. Mi alma y corazon acompañan a V. en esta nueva pena, con toda la intensidad que V. puede comprender. Me aflijo por V., por su respetable Madre, y por su misma hermana de quien tengo tan interesantes noticias; ¡nunca habré de saber de V. sino para tener conocimiento de algún pesar más en la lista de los muchos que ha sobrellevado! Si como quisiera, hay algo de exageración en la noticia de Salvador y la salud de Heraclia mejora, venga V. a convalecer entre nosotros de esa nueva herida y a conocer a mi hijo; esa temporada al menos seria de expansión y paz: aqui *ningún* sacudimiento moral puede V. temer, y solo el cariño inalterable y tiernisimo que le profeso y profesamos contribuiria á hacerle grata la temporada.

En la duda que me hallo, no puedo escribir a V. mas. Jaime le envia muchos de sus besos, que ojalá tuvieran en esta ocasión la virtud que tienen para mi. Y la madre saluda a V. con todo el respeto y amor que V. merece.

J. Emilia

[7]

Coruña 16 de Julio [1878?]

Amigo mio: desde ayer no he dicho nada a V.: perdoneme si el plazo se me hace largo en esta ocasión. Por si puede a V. interesar la nueva, le diré que también a mi se me preparan unos dias tristes —al lado de los que a V. sobrevienen, no son nada— pero no dejaré de sentirlos. Mi madre que padece una reuma muy incómoda en ocasiones y muy alarmante a veces, tiene que ir a los baños de Caldas; y como no hay manera de que los tome en paz, ni de que le sienten bien si no está con ella Jaime, es preciso dejárselo y quedarnos sin él. Como nunca me he separado del niño, presumo que el mes de Agosto va a hacerseme largo e insoportable. Ya debia hallarme habituada a dejar lo que mas quiero, pero hay costumbres que no se adquieren asi facilmente. Me propongo hacer una visita a Jaime a mediados de temporada. Así pudiera hacer a V. otra. Pero me contentaré con estas cartas ¿Como va ese ánimo? ¡Que no ha de haber un anteojo que permita acortar la distancia y mirar siquiera un minuto a las personas que interesan! Si yo pudiera verle a V. y distinguir el color de su cara, y viese que estaba un tanto sereno y en camino de re-

cobrar fuerzas, me quedaria muy tranquila. Y su madre de V.? Es en quien pienso mas!

Tuve ocasión hace unos dias de hablar con un amigo de su protejido [sic] de V. Carracido. Con el cual, por mas señas, puse en su lugar la verdad. (Por mas que me faltaban antecedentes, pero no los necesito para ciertas afirmaciones).

Augusto querido, puede que vaya a pasar algunos días al campo: alli escribiré a V. con mas efusión e intimidad. Hoy me parece como si mis palabras cayesen dentro de un sepulcro: porque aunque procuro hablarle de mil cosas y llenar esta carta, me intimida la idea de herir quizá involuntariamente el sagrado misterio de su pena de V. Como estoy siendo tan extraña a su vida, camino a ciegas por lo desconocido, temiendo a cada paso tropezar. Perdóneme V. mis *maladresses,* si es que las cometo. Si le tuviera a V. aquí creo que podria acertar a distraerle un momento. Cuando en mis sueños forjo unos dias incomparables, pienso en tenerle a V. en Meirás a nuestro lado, en hacerle compartir nuestra vida, en verle jugando con Jaime...

En vez de esto, pronto estaré completamente sola, sola conmigo misma, y con el recuerdo. ¡Viva y sea dichoso amigo mio para que yo no piense tanto en V! No parece sino que la caprichosa suerte que presidió el nacimiento de un hombre tan singular quiso añadir a todo lo excepcional que en él puso, una vida destinada a infundir fé en Dios y en la justicia que no puede menos de reservarle algo que nos niega a los demás.

Algunas veces se me figura (el giro de mis ideas tiene en ello no poca parte) que V. es una pura apariencia que representa algo. Delirios y extravagancias que me sobrecogen mucho. Adios. Acuerdese de que debe combatir la pena y luchar con la postración: hagalo por su amiga.

Emilia